

DE MÉXICO

LA VIRGEN DE MESYCO. SEIS ENCUENTROS CON EL FENÓMENO GUADALUPANO Y OTROS ENSAYOS

(Fredo Arias de la Canal; México: Frente de Afirmación Hispanista, 1993, 203 pp.)

Todos aquellos que se interesen en estudiar el fenómeno guadalupano es menester que conozcan a fondo el fenómeno religioso del apóstol Santiago que logró unificar y esforzar a los cristianos de Hispania contra el vasto imperio del Islam, el que estaba dominado por la imagen imponente de Mahoma de la Meca quien, montado en un corcel blanco, se aparecía en las batallas para ayudarlos. La relación contraria Mahoma-Santiago, Meca-Compostela es evidente.

Rodrigo Yáñez en su *Poema de Alfonso Onceno* (1382), relata en 2.500 redondillas la gesta de aquel gran rey de Castilla. Veamos algunas:

E todos los fijos dalgo,
Feriendo en los paganos
El pendón de Santiago
Adelante los xristianos
(...)
Con ellos los fijos dalgo,
Las asconas bien brandiendo



E nombrando Santiago,
En los moros bien feriendo.

El siguiente verso lo pone en boca de Juçal, rey y señor de Granada:

Santiago el de Espanna,
Los mios moros me mató,
Desbarató mi companna,
La mi senna quebrantó.

De estar vivo le hubiéramos pedido el maestro Américo Castro (1885-1972) que nos escribiera una introducción sobre Santiago Matamoros a este libro guadalupano, para explicar la similitud entre una necesidad y una realidad históricas. Leamos, pues, lo dicho por don Américo en el capítulo XI intitulado *Orígenes de la relación cristiano-europea: Santiago de Galacia* de su libro *La realidad histórica de España* (1962):

“Pasión de Santiago... que padeció bajo el rey Herodes”, en un estilo que recuerda el de muchos evangelios apócrifos: “En aquellos días, el apóstol de N. S. Jesucristo, Santiago, hermano de Juan, apóstol y evangelista, visitaba toda la tierra de Judea y de Samaria y entraba en las sinagogas”. El Apóstol realiza milagros y prodigios. Antes de ser degollado pide agua a su verdugo, lo mismo que hizo Cristo (Juan, XIX, 28). En la oración que reza antes de su suplicio, Santiago recuerda a Cristo cuán importante es su persona: “Dignaste mostrarnos los misterios de tus maravillas.. Mientras estabas en el monte Tabor, y te transfigurabas en la divinidad de tu Padre, a ningún apóstol permitiste contemplar tales prodigios, sino a mí, a Pedro y a Juan, mi hermano”, etc. Al morir Santiago “se produjo un gran terremoto, se abrió el cielo,

el mar se alborotó, y se oyó un trueno intolerable; abierta la tierra, se tragó la mayor parte de la gente malvada, y una luz refulgente iluminó aquella región”. Su cuerpo fue recogido por sus discípulos: “pusieron su cuerpo y su cabeza en una talega de piel de ciervo con aromas exquisitos; lo llevaron de Jerusalén a Galicia acompañados en su viaje marítimo por un ángel del Señor, y lo sepultaron en el lugar en que, desde entonces, es venerado hasta el día de hoy”.

No se trataba, pues, meramente del entusiasmo devoto de quienes dan culto a un santo o a una virgen determinados, y confían en su poder extraordinario; lo que caracteriza el culto de Santiago hasta el siglo XII, es el propósito de destacar su proximidad, e intimidad con Jesucristo.

Católicos eminentes han puesto en duda la existencia del cuerpo de un apóstol de Cristo en el santuario de Galicia. La reacción antisantiaguista tomó incremento en el siglo XVII, cuando *ya no había enemigos musulmanes contra quienes hacer guerra santa*, y cuando el horizonte religioso no era ciertamente el de los siglos X y XI. El jesuita e historiador Juan de Mariana, en 1601, ponía en duda la autenticidad del sepulcro de Santiago: “Algunas personas doctas y graves, estos años, han puesto dificultad en la venida del apóstol Santiago a España, otros, si no los mismos, en la invención de su sagrado cuerpo, por razones y textos que a ellos les mueven”. Años después, otro jesuita, el padre Pedro Pimentel, juzga-

ba más conveniente para España confiar en la protección de Santa Teresa. “Muchas veces saldrá mejor despachado el que invocare a Teresa que a Santiago”. Hace pocos años, el jesuita P. Z. García Villada insistía en el escaso valor probatorio de los documentos que relatan el descubrimiento del cuerpo de Santiago, porque los más antiguos son del siglo XI, y es inevitable la sospecha de haber sido forjados para justificar *a posteriori* una creencia popular y muy antigua; estos textos “señalan el motivo que dio margen a que se formara la tradición de que en aquel sepulcro estaban encerrados los restos del Apóstol. Este motivo es el testimonio de los ángeles y las luces que se vieron sobre el lugar del sepulcro durante algunas noches. El grado de veracidad del maravilloso relato no podemos contrastarlo”. Monseñor L. Duchesne resume así su desilusionada búsqueda de pruebas racionales para el magno milagro de Santiago: “en el primer tercio del siglo IX se da culto a una tumba de tiempos romanos, que se creyó ser entonces la de Santiago. ¿Por qué lo creyeron? Lo ignoramos en absoluto”.

El error de esos doctos eclesiásticos consistió en pretender demostrar lo racionalmente indemostrable. Las creencias se instalan en el vacío dejado por otra creencia, y arraigan y se fortalecen en virtud de necesidades y circunstancias muy preciosas, independientes de toda demostración. Los fenómenos de vida (desesperarse, sentirse esperanzados, aceptar o rechazar las creencias vigentes en torno a la persona crédula o escéptica) no pueden ser tratados como objetos físicos. Piénsese en cuán absurdo sería el mero intento de demostrar “científica-

mente” que el cuerpo de un apóstol fue traído de Jafa a Galicia el año 44 d. de C., custodiado por los ángeles, y que unos ochocientos años después dio señales de su presencia. La historia —es decir, la vida integrada en una sucesiva conexión de valores— no es una secuencia de “hechos”, aislables mediante abstracciones lógicas. *Lo que importa en el caso presente es la intensidad de la creencia en Santiago y sus incalculables consecuencias*, porque sería pensable que un acontecimiento prodigioso fuese “auténtico”, en la forma que exigen los eclesiásticos antes mencionados, y a la vez insignificante e infecundo como acontecimiento enlazado con acciones y valoraciones humanas. *Los confines entre lo real y lo imaginario se desvanecen cuando lo imaginado se incorpora al proceso mismo de la existencia colectiva, pues ya dijo Shakespeare, anticipándose a modernas filosofías, que “estamos hechos de la misma materia de nuestros sueños”*. Cuando lo imaginado en uno de esos sueños es aceptado como verdad por millones de gentes, entonces el sueño se hace vida, y la vida, sueño. Los mártires cristianos vivían en la realidad de Cristo al sonreír beatíficamente mientras sus carnes eran desgarradas por las fieras; y nunca alcanzaron plena realidad historiable los pueblos incapaces de morir por una fe. Incluso las formas de vida colectiva más “positivas” y materialistas acaban por resolverse en culto a deidades intangibles, aunque asuman la forma de un tractor, de un plan quinquenal o del automatismo electrónico.

Santiago irguió frente a la Kaaba mahomética como un alarde de fuerza espiritual, en una grandio-

sa “mythomachía”. La ciudad de Santiago aspiró a rivalizar con Roma y Jerusalén, no solo como meta de peregrinación mayor, porque si Roma poseía los cuerpos de San Pedro y San Pablo, si el Islam que había sumergido a la Hispania visigótica combatía bajo el estandarte de su Profeta-Apóstol, los hispano-cristianos del siglo IX, desde su rincón gallego, desplegaron la enseña de una creencia antiquísima, magnificada en un impulso de angustia defensiva. La presencia en la casi totalidad de la Península de un pueblo poderoso e infiel avivaría, necesariamente, el afán de ser amparados por fuerzas divinas en aquella Galicia del año 800.

Carl Jung (1875-1962), en su libro *Psicología y religión. Este y Oeste, bajo el subtítulo Un acercamiento psicológico al dogma de la trinidad*, nos ofrece su opinión sobre la importancia de los símbolos para la humanidad:

Como una condición *a priori*, todos los eventos psíquicos están provistos de una dignidad que ha encontrado expresión inmemorial en figuras divinas. Ninguna otra fórmula satisfará las necesidades del inconsciente. El inconsciente es la historia no escrita de la humanidad desde los primeros tiempos. Las fórmulas racionales pueden satisfacer el presente y el pasado inmediato más no la experiencia de la humanidad en conjunto. Esto induce hacia una visión que abarque el mismo como lo que expresan los símbolos. Si faltara el símbolo, la totalidad del hombre no estaría represen-

tada en la conciencia. Sería como un fragmento accidental, una partícula sugestiva en la conciencia a merced de todas las fantasías utópicas que tratarían de llenar el vacío creado por los símbolos de la totalidad.

Un símbolo no se puede mandar a hacer como quisiera creer el racionalista. Es un símbolo legítimo solo si le da expresión a la estructura inmutable del inconsciente y pueda, por lo tanto, exigir aceptación general. Siempre y cuando evoque la fe espontáneamente, no requiere ser entendido de ninguna otra forma. Pero si, por falta de comprensión, la creencia, comienza a disminuir, entonces, para bien o para mal, uno tendrá que usar conocimientos como herramientas si se quieren evitar las incalculables consecuencias de dicha pérdida de fe. ¿Qué pondríamos en lugar del símbolo? ¿Hay alguien que conozca una forma mejor de expresar algo que nunca ha sido comprendido?

Sigmund Freud (1856-1936), en *Psicoanálisis y medicina* (1926), vislumbró el futuro de la ciencia fundada por él:

No creemos deseable, en efecto, que el psicoanalista sea devorado por la Medicina y encuentre su última morada en los textos de la Psiquiatría, capítulo sobre la terapia, y entre métodos tales como la sugestión hipnótica, la autosugestión y la per-

suación que, extraídos de nuestra ignorancia, deben sus efectos, poco duraderos, a la pereza y la cobardía de las masas humanas. Merece mejor suerte, y hemos de esperar que la logre. Como “psicología abismal” o ciencia de lo anímico inconsciente, puede llegar a ser indispensable a todas aquellas ciencias que se ocupan de la historia de los orígenes de la civilización humana y de sus grandes instituciones, tales como el arte, *la religión*, y el orden social. En mi opinión, ha prestado ya una considerable ayuda a estas ciencias para la resolución de sus problemas; pero éstas son aún aportaciones muy pequeñas, comparadas con las que se conseguirían si los hombres de ciencia dedicados al estudio de la historia de la civilización, la psicología de las religiones, la filosofía, etcétera, se decidieran a manejar por sí mismos el nuevo medio de investigación puesto a su alcance. El empleo de análisis para la terapia de las neurosis es sólo una de sus aplicaciones, y quizá venga el porvenir a demostrar que no es siquiera la más importante. De todos modos, sería injusto sacrificar a una aplicación todas las demás por la sola razón de que aquella roza el círculo de los intereses médicos.

LOS EDITORES